

La ciudad se ha desarrollado tan vigorosamente, que el curso de la historia contemporánea se orienta por la política exterior de las grandes capitales: Washington y Moscú. El cosmopolitismo invade a las urbes principales, pero aun se conservan en la pequeña ciudad los usos y costumbres del pueblo, el respeto a la tradición nacional. Estas diferencias se reflejan en la delincuencia. El habitante de la gran urbe es más inteligente y amoral que el hombre de campo. Este último ve, por ejemplo, como un fenómeno natural el aumento de la natalidad, en tanto que en la ciudad se limitan los alumbramientos por la coacción del factor material. La mujer aldeana es fundamentalmente madre. Pero ahora surge en las grandes poblaciones, como señala el filósofo, "la mujer ibseniana, la compañera, la heroína de una literatura urbana, desde el drama nórdico hasta la novela parisiense".

Y aparece en el mundo moderno la industria de la trata de blancas, que adquiere fisonomía internacional por medio de empresas vinculadas, que manejan el negocio en las principales capitales, y que el periodista Jack London denunció, señalando cómo sacaban a las jóvenes de la Europa Central, para llevarlas a los prostíbulos de Buenos Aires y Montevideo.

El ambiente de las ciudades ejerce una influencia que más fácilmente orienta al delito que el medio campirano. En éste la naturaleza, con sus bosques y ríos, sus campos y flores, su silencio y sus hermosas puestas de sol, traen la paz y sosiego para el espíritu. Por el contrario, el urbanismo presenta al hombre, frecuentemente, un espectáculo de lucha y discordia, de egoísmo y desconfianza. Los adultos y jóvenes están expuestos a caer en las garras de la prostitución, el alcoholismo, la toxicomanía y el juego.

Los artículos comerciales son exhibidos en forma tan sugestiva, que despiertan el afán de posesión aún por medios reprobables.

En la ciudad se incuba la infancia moralmente abandonada y adiestrada en la mendicidad, y la familia se ve en peligro de disolución. La vigilancia de los hijos es difícil o imposible. Los automóviles de lujo, las piedras preciosas, los vestidos de los grandes modistos, las pieles y los juegos de cartas, son a veces causa de la perdición de una joven o de infidelidad conyugal. Los delitos que ofrecen los clubes nocturnos, las apuestas en las carreras de caballos y juegos de pelota, han motivado más de un desfalco o falsificación de documentos. La vida vertiginosa de la urbe con sus mil ruidos de tranvías, automóviles, llamadas telefónicas, radios y bocinas; sus muchedumbres que casi nos asfixian en los almacenes, camiones, cines, oficinas y toros; sus luces eléctricas que brillan y saltan en todos colores del manto de la noche; el trabajo agotador que nos depara, todo esto contribuye a minar el sistema nervioso, privando de la razón a muchas personas, que en tal estado infringen la ley penal.

Pero esta distribución del delito en el campo y la ciudad tiende a disminuir, porque cada día es más difícil separar lo urbano de lo rural, por el desarrollo de las comunicaciones, y porque las condiciones de la vida urbana tienden a extenderse a todo el territorio. Pero por ahora se puede concluir, que la delincuencia es más frecuente en las ciudades que en el campo, y más en las grandes, que en las pequeñas ciudades.

*La Ciudad y la Delincuencia Juvenil.*—La urbe genera factores crimíno-genos que determinan las infracciones que cometen los niños y jóvenes, entre los cuales ya mencionamos las condiciones de miseria de los hogares. Cabe citar, además, lo que escribí en unión del señor licenciado J. Ángel Ceniceros, sobre las males compañías que acechan a los menores en las calles y plazas para rebajarlos moralmente, amén de la literatura malsana, el lujo y el juego.

La vida de la calle en las grandes ciudades, está llena de sugerencias peligrosas para el joven. La venta clandestina de publicaciones inmorales y de estampas obscenas: el atractivo de espectáculos que, aun cuando tolerados por la autoridad, despiertan el deseo y la concupiscencia: la accesibilidad al cinematógrafo, cuyos asuntos no han logrado todavía redimir a este maravilloso invento del pecado con que nació, de ser escuela de inmoralidad y de vicio, al par que es también un agente poderoso de civilidad y de educación; los periódicos que instigados por un deseo de sensacionalismo, se han convertido en crónicas del delito en todas sus formas, sin excluir los detalles, tanto gráficos como descriptivos, que permiten conocer así los medios de cometerlo como los de escapar de la sanción penal; todo esto mantiene al joven en un estado de excitación permanente, y en una vaga incitación a la acción. El público es cada vez menos sensible al horror de los desmanes y a la repulsión que despierta el malhechor. Una juventud cada vez más corrompida busca ávidamente lo más saliente, lo más extraordinario; nada es demasiado fuerte para ella.

El cine, tan accesible y popular en las urbes, es una lectura por fotografías, contra la cual aún no se ha revelado la sociedad por la forma en que se le presenta, pero no equivale ni siquiera a un profesor que desarrollara ante un grupo de niños y niñas una conferencia acerca del amor, de los celos, de la manera de realizarse un rapto, de la sensación de placer que producen el beso y el abrazo, pues esa lección sería menos sensible que la proyección cinematográfica, lección que en los Estados Unidos presencian semanariamente más de cuarenta millones de niños. Su importancia se hace notar sobre todo, cuando pensamos que es poderoso excitante de los centros intelectuales: la atención, la memoria, el juicio, la imaginación y especialmente el sentido de la vista, que es el sentido del estudio, de tal manera que es por eso uno de los

elementos que influyen, poderosamente, en el aumento de la criminalidad infantil.

El lujo público y privado de las ciudades modernas, seduce sensiblemente a los jóvenes de ambos sexos, y el factor sexual interviene aquí para convertir en una necesidad, lo que pudiera no ser más que una aspiración a exteriorizar la personalidad. El ansia de poseer los distintivos de una clase superior por su refinamiento, incita a delinquir. Como la independencia e igualdad proclamadas por la democracia, están tan injustamente coartadas por el régimen industrial, buscan los jóvenes una salida en la exteriorización de una igualdad ficticia, y es el ansia, como decimos, de poseer esos distintivos, otro de los factores más poderosos de la delincuencia de menores, sobre todo en la mujer.

*Carácter de la Criminalidad Urbana.*—Un tipo peculiar de criminalidad metropolitana, se da en el servicio doméstico. La estadística precisa la frecuencia del hurto cometido por sirvientes, y su complicidad con bandas organizadas para robar casas. Al debilitarse los vínculos familiares, ha desaparecido el servidor que arraigaba en una familia por luengos años. Hoy, como dice Sighele, desfilan tipos siempre nuevos de cocineras, camareras, criados, con rapidez cinematográfica, constituyendo un *leif-motiv* en las conversaciones de las señoras la crisis de la servidumbre.

En general, ha sido reconocida la ciudad como foco de actividades delictuosas, particularmente por lo que se refiere a los delitos contra la propiedad. La mejor preparación del hombre urbano lo lleva al fraude y a la estafa, a diferencia del habitante del campo en donde se da con más frecuencia el hurto. Exner señala que la urbe brinda, además, facilidades al criminal para ocultarse, eludiendo la acción de la justicia; que, por otra parte, es un centro de atracción donde se goza ampliamente de alcohol y de mujeres, pero que no puede "olvidarse que muchos no se han convertido en delincuentes porque son habitantes de la urbe, sino que ellos han llegado a ser habitantes de la gran ciudad porque son delincuentes". A este respecto Hurwitz asienta, justamente, que es preciso insistir en que sólo en casos extremos, si acaso, es posible esta perspicaz distinción causal entre *la gran ciudad* y el *delincuente*.

En cuanto a la ocasión del delito, es evidente que la ciudad lo proporciona en mayor escala. Los grandes almacenes que exponen aparentemente sin protección las más variadas y sugestivas mercaderías, han conducido a más de una señora al robo. Las academias de baile, donde los jóvenes se excitan sexualmente, son la causa de muchos raptos, estupros y atentados al pudor. Los automóviles de lujo estacionados en la calle, invitan a los caracteres débiles a despo-

jarlos con poco riesgo; en los muchachos ejercen estos vehículos una atracción fascinadora, la cual los lleva a apoderarse de alguno, aunque sea por unas cuantas horas.

Henry George observó, a fines del siglo pasado, que el aumento de población traía consigo el alza en el valor de los terrenos. Esto ha ocasionado en las ciudades el pavoroso problema de la vivienda. Las familias pobres no pueden cubrir los alquileres de las casas modernas, que representan un alto costo, y tienen que irse a vivir a cuartos pobres e insalubres donde el vicio, la embriaguez y las aberraciones sexuales tienen su asiento. Ernesto Nelson no vacila en afirmar que las casas de vecindad son incubadoras del crimen, porque los delincuentes jóvenes proceden casi exclusivamente de tales albergues. Sin duda, que las malas viviendas producen males considerables, como la desintegración familiar, el debilitamiento del carácter, las enfermedades, la muerte prematura, el impudor y la falta de sentido moral.

Platón hace interesantes generalizaciones de sociología urbana en su libro *Las leyes*, sosteniendo que el comercio llena las calles de mercaderes y tenderos, que corrompen las costumbres de los habitantes y les hacen adquirir un carácter doble y falaz, desterrando de la *polis* la buena fe y la cordialidad, tanto en las relaciones entre los ciudadanos como en las que mantienen con los extranjeros.

Sutherland opina que la excesiva delincuencia de la ciudad, puede deberse a que la inmigración del campo se forma con elementos indeseables frecuentemente, y también a la influencia de la vida citadina sobre sus residentes, pero que la importancia de estos dos procesos aun no ha podido determinarse. Kingberg ha mostrado, que en Suecia cerca de la mitad de los vagabundos nacieron en el campo y la otra mitad en las ciudades, pero que los vagabundos de origen campesino delinquen en proporción cuatro veces mayor que el total de sus habitantes, en tanto que los vagabundos de nacimiento urbano delinquen sólo la mitad del número de infracciones de la población entera.

Es indudable que el número, tipo de calidad de las infracciones punibles de la ciudad, se determina en parte por el origen de sus habitantes. Nueva York, que alcanza una gran población de extracción europea, es teatro frecuentemente de violaciones y asesinatos de mujeres con caracteres sádicos, muy semejantes a los que se perpetúan en la Europa Central.

*Distribución Urbana del Delito.*—En orden a la relación que existe entre determinadas zonas urbanas y la clase de infracciones punibles, se ha observado en Chicago que los robos son más frecuentes en el centro de la ciudad, en un 50 % más que en el área sub-urbana.

En Deroit, Lattier encontró que los asesinatos, asaltos, raptos y robos

de 1932 a 1933 disminuían a una distancia de 20 millas alrededor del Ayuntamiento, pero que en cambio los hurtos y asaltos no mostraban ningún descenso.

En los propios Estados Unidos la estadística revela, en determinados períodos, que el número de crímenes baja a medida que las ciudades se extienden. Pero estas observaciones sólo tienen un valor parcial, porque la fisonomía de las ciudades cambia con el grado de civilización, la índole de las costumbres, el clima, la naturaleza de sus habitantes, su zonificación y sus servicios municipales. Y aun dentro de una misma ciudad, sufrir sensibles modificaciones por fenómenos económicos, sociales y políticos.

Así, por ejemplo, la típica concentración comercial y bancaria de las metrópolis americanas, no es semejante a la que registran las ciudades europeas o asiáticas. En estas últimas, no es el centro, sino el área de las puertas de la urbe, la que da asiento al mayor tráfico y densidad de población, y, por lo mismo, es allí donde se registra la delincuencia más importante.

En la ciudad de México, la zona de mayor número de robos, está en las colonias residenciales y en las calles donde se ubican centros nocturnos de diversión o coches estacionados, a virtud de la oportunidad y falta de vigilancia policiaca. En cuanto a la localización de los lugares donde moran los criminales, mendigos y perdidos de la peor especie, la encontramos en las colonias pobres como la de Juan Polainas, o la Gertrudis Sánchez, o en los terrenos próximos a las minas de arenas, y a las vías de ferrocarril, o en los predios que se encuentran en las afueras de la población. Pero se ha observado, que tan pronto como una colonia de maleantes recibe los beneficios de la pavimentación, el alumbrado público, la introducción del agua potable y la creación de parques y colegios, se opera una transformación en el ambiente moral, y baja el índice de los criminales.

El maestro Bernaldo de Quirós, estudiando los golfos vagabundos, reseña que viven en la ciudad como el hombre primitivo vivió sobre la tierra: de la cosecha natural, de los despojos que quedan en el suelo y tomando a Madrid como centro, y trazando alrededor de él una serie de círculos cada vez mayores, advierte que la atracción de la capital para la gente de mala vida es mayor en los dos primeros círculos, pero que decrece conforme a la observación de Levasseur en razón directa a la distancia, alterándose por el influjo de otros centros de atracción más próximos, lo cual se confirma en México también, por lo que se refiere a la prostitución y a la mendicidad.

Antes de que la ciudad de México se transformara en una gran urbe cosmopolita, los delitos contra la propiedad no ofrecían complicaciones intelectuales, pero con la llegada de una inmigración de gentes astutas y mejor preparadas, las estafas, fraudes, falsificaciones, utilizando los adelantos técnicos y

aprovechándose de las nuevas formas de sociedades y negocios financieros, se presentan cada vez con mayor frecuencia.

En otro aspecto, un análisis de las actas levantadas por los delegados del Ministerio Público en la ciudad de México, nos permite afirmar que la mayoría de los delitos se incuban en los lugares donde se expenden bebidas embriagantes, en los prostíbulos y en general en los sitios de relajación moral, es decir, en zonas alejadas de las iglesias, escuelas y centros de diversión honesta.

La evolución social, merced a una mayor demografía, y a la influencia del factor económico, ha creado grandes ciudades, emporios de cultura y civilización, pero donde mora también el crimen como fenómeno asociado a la naturaleza humana. Ya Platón, uno de los principales sociólogos urbanos, observando la moralidad laxa de Corinto y Atenas, pensaba en construir una nueva *polis* con la simplicidad, estabilidad y sinceridad que creía existentes en Esparta. Así nosotros, debemos interesarnos en que las grandes metrópolis que son orgullo del hombre moderno, brillen por sus adelantos técnicos, pero también por su salud moral. A los genios poderosos de urbanistas y legisladores, que han hecho posible el milagro de la urbe con sus plazas y mercados, sus calles y parques, sus comunicaciones y museos, sus luces y fuentes, sus zonas residenciales y los multifamiliares, debe agregarse la acción del perito social para combatir los factores que generan costumbres degeneradas y viciosas, porque un buen orden moral es tan necesario como un buen orden urbano.

El templo de Venus de la rica Corinto, tenía más de mil esclavas sagradas dedicadas al culto de la diosa. Las grandes ciudades de nuestros días ya no atraen al hombre con sus mensajes de amor como Corinto en los días de Homero. Hoy son teatro de las luchas más despiadadas por el dinero y el poder político. Impera en ellas el egoísmo más profundo, y la más grande movilidad mental. El comercio, la bolsa, los bancos, la industria, son los símbolos de su auge, aunque los defectos de su organización sólo hagan la felicidad de unos pocos y la desdicha y pobreza de la mayoría, creando un ambiente propicio al desarrollo de la criminalidad.

Estadistas, legisladores, peritos en urbanización y en ciencias sociales, educadores y, en fin, todos los que sientan la necesidad de luchar contra la corrupción de las grandes ciudades, deben abatir los procesos que rebajan su grandeza, por las miserias espirituales que tienen su sede en ellas.

Luchemos por un nuevo sentido de la vida urbana, que se pueda caracterizar como un verdadero florecimiento cultural, como expresión de una belleza no sólo exterior, sino de bienestar del alma, porque el progreso verdadero lleva en sí la fuerza sana del espíritu. Únicamente así, la urbe actual marcará su triunfo, dentro del marco de la historia.